

IV

LOS INCONVENIENTES DE IR TRAS UNA BELLA MUJER DE NOCHE POR LAS CALLES

Gringoire por lo que pudiera pasar, quiso seguir a la gitana. La había visto tomar, con su cabra, la calle de la Coutellerie y él había hecho lo mismo.

-¿Y por qué no? -se dijo.

Gringoire, filósofo práctico de las calles de París, se había dado cuenta de que nada es tan propicio al ensueño como seguir a una mujer bella sin saber a dónde va. Existe en esta abdicación voluntaria del libre albedrío, en esta fantasía, que a su vez se sotne- te a otra fantasía, una mezcla de independenaa fantástica y de obediencia ciega, un no sé qué intermedio entre la libertad y la esclavitud, que agradaba a Gringoire. En efecto, su espíritu era esencialmente mixto, complejo a indeciso, interesado en todos los te- mas y pendiente un poco de todas las propensiones humanas, pero neutralizando cada una de ellas con su contraria.

Le gustaba compararse a la tumba de Mahoma, atraída en sentidos contrarios por dos piedras de imán, dudando eternamente entre lo alto y lo bajo, entre la bóveda y el suelo, entre la caída y la elevación entre, el cenit y el nadir.

Si Gringoire viviera en nuestros días ¡qué bien sabría mantenerse en un término medio entre lo clásico y lo romántico!, pero no era lo suficientemente primitivo como para vivir trescientos años y era una lástima. Su ausencia es un vacío que hoy día lamentamos.

Por otra parte, para seguir por las calles a los transeúntes (y sobre todo a las transeúntes), cosa que Gringoire hacía con cierta frecuencia, lo mejor es no saber en dónde va uno a dormir.

Iba, pues, pensativo detrás de la muchacha, que aceleraba el paso y hacía ir al trote a su cabritilla al ver que la gente se recogía ya y que las tabernas, únicos establecimientos abiertos aquel día se iban cerrando.

Después de todo, iba pensando Gringoire, en algún lugar tendrá que dormir y las gitanas suelen tener buen corazón. ¡Quién sabe si...!, y él llenaba esos puntos suspensivos con no se sabe muy bien qué ideas peregrinas.

Sin embargo, de vez en cuando, al pasar junto a los últimos grupos de burgueses que se despedían ya para retirarse, cogía al vuelo algún retazo de sus conversaciones que venían a romper la lógica de sus optimistas hipótesis.

A veces se trataba de dos viejos que comentaban...

-Maese Thibaut Fernicle, ¿sabéis que hace frío?

¡Gringoire lo sabía bien desde el comienzo del invierno!

-Ya lo creo maese Bonifacio Disome. ¿Tendremos un invierno como el de hace tres años, el del 80, en el que la madera costó a ocho sueldos el haz?

-¡Bah! ¡Eso no eso no fue nada, maese Thibaut! ¿Se acuerda de aquel invierno de 1407, que no paró de helar desde San Martín hasta la Candelaria? Lo hacía con tal fuerza que hasta la pluma del parlamento se helaba a cada tres palabras y por eso hubo que suspender las actuaciones de la justicia...

Un porn más allá eran unas vecinas a la ventana, alumbradas con candiles que el viento hacía chisporrotear.

-¿Vuestro marido os ha contado ya la desgracia, señora Boudraque?

-No. ¿De qué se trata, señora Tourquant?

-Del caballo del señor Gilles Godin, el notario del Châtelet, que se ha desbocado, al ver a los flamencos y la procesión, y ha tirado por los suelos a maese Philipot Avrillot, oblato de los celestinos.

-¿De verdad?

-Ya lo creo.

-¡Un caballo burgués! ¡Quién lo iba a pensar! ¡Si al menos hubiera sido un caballo del ejército!

Y se iban cerrando las ventanas y Gringoire, distraído con las conversaciones, perdía el hilo de sus ideas.

Por suerte lo volvía a encontrar en seguida y enlazaba sin dificultad, gracias sobre todo a la bohemia que, con su cabra, marchaba por delante; eran dos delicadas finas y encantadoras criaturas, en las que admiraba sus pequeños pies, sus lindas formas, sus graciosos ademanes, confundiendo casi a las dos en su imaginación, al considerarlas mujeres por su inteligencia y su amistad y cabritillas por su ligereza y agilidad y por la destreza de sus andares.

Las calles se iban haciendo cada vez más oscuras y solitarias. Hacía bastante tiempo que había sonado el toque de queda y sólo se veía ya, muy de cuando en cuando, a un transeúnte por las calles o una luz en las ventanas.

Gringoire se había internado, siguiendo a la egipcia, en aquel dédalo inextricable de callejuelas, encrucijadas y callejones sin salida, que rodean el antiguo sepulcro de los inocentes y que se asemeja a un ovillo enmarañado por un gato.

-Desde luego estas callejuelas tienen muy poca lógica -decía Gringoire, perdido en esos mil caminos, que venían a desembocar en ellos mismos, y que la joven daba la impresión de conocer tan bien, moviéndose entre ellos con pasos ligeros sin la más pequeña duda.

En cuanto a él, no habría tenido la menor idea del lugar en donde se encontraba, si no hubiera sido porque, al paso, a la vuelta de una calleja, descubrió la masa octogonal de la picota del mercado, cuyo tejadillo abierto destacaba vivamente su silueta negra contra una ventana iluminada aún en la calle Verdelet.

Hacía ya un ratito que la joven se había dado cuenta de que la seguían y varias veces había vuelto hacia él su cabeza con cierta preocupación. Incluso una vez se había parado en seco y, aprovechando un rayo de luz que se escapaba de la puerta entreabierta de una panadería, le había mirado fijamente de arriba a abajo.

Después Gringoire había visto hacer a la gitana la mueca aquella que debía resultarle familiar, y había seguido su camino.

La mueca dio que pensar a Gringoire pues había burla y desdén en aquel gesto, hasta cierto punto gracioso, y por eso comenzó a bajar la cabeza y a contar los adoquines, siguiendo a la joven a una distancia mayor cuando, al doblar una calle, en donde momentáneamente la había perdido de vista, oyó un grito penetrante.

Apresuró el paso. La calle estaba totalmente a oscuras; sin embargo, una lamparita que ardía en una hornacina a los pies de la Virgen, en un rincón de la calle permitió a Gringoire distinguir a la gitana debatiéndose en los brazos de dos hombres que procuraban ahogar sus gritos. La cabritilla, asustada, bajaba los cuernos y se ponía a balar.

-¡Socorro! ¡A mí la ronda! ¡Socorro, guardianes! -gritó Gringoire al mismo tiempo que se dirigía valientemente hacia allí. Uno de los que sujetaban a la joven se volvió hacia él; era la formidable figura de Quasimodo.

Gringoire no emprendió la huida pero tampoco dio un paso más adelante.

Quasimodo se llegó hasta él y de un revés lo lanzó a cuatro pasos contra el empedrado; luego se adentró rápidamente hacia la oscuridad llevándose a la joven bajo el brazo como si fuera un echarpe de seda, seguido de su compañero; mientras la pobre cabra corría tras ellos balando quejumbrosa.

-¡Asesinos! ¡Socorro! -gritaba la desdichada gitana.

-¡Alto ahí, miserables! ¡Soltad a esa mujer! -dijo con voz de trueno un caballero que surgió de repente de una plazuela próxima. Se trataba de un capitán de los arqueros, armado de pies a cabeza y con un espadón en la mano.

Arrancó a la bohemia de los brazos de Quasimodo, estupefacto; la colocó de través en la silla de montar y en el momento en que el terrible jorobado, recuperado de la sorpresa, se lanzaba sobre él para recuperar a su presa, surgieron quince o más arqueros que seguían a su capitán armados todos con espadas.

Se trataba de un escuadrón de la guardia real que hacía la contrarronda por orden de micer Roberto d'Estouteville, guardián del prebostazgo de París.

Entre todos cercaron a Quasimodo, lo cogieron y lo ataron. Rugía, echaba espuma por la boca, mordía y, si no hubiera sido de noche, podemos estar seguros de que su horripilante cara, más repulsiva aún por hallarse encolerizado, habría puesto en fuga a todo el escuadrón. Pero, por la noche, carecía de su arma más temible; su fealdad.

Su compañero se escabulló durante la refriega.

La gitana se irguió con elegancia en la silla del oficial, apoyó sus dos manos en los hombros del capitán y le miró fijamente durante unos segundos, como encantada de su atractivo aspecto y de la ayuda que acababa de prestarle. Después, rompiendo a hablar la primera, le dijo haciendo más dulce aún su dulce voz: -¿Cómo os llamáis, señor gendarme?

-Capitán Febo de Châteaupers para serviros, preciosa res pondió el capitán irguiéndose.

-Gracias -le dijo.

Y mientras el capitán se entretenía atusándose su bigote a la borgoñona, ella se deslizó hasta el suelo, desde el caballo, como una flecha que cae a tierra y huyó tan rápidamente, que un relámpago habría tardado más en desvanecerse.

-¡Por el ombligo del papa! -dijo apretando las ligaduras de Quasimodo-. A fe mía que habría preferido quedarme con la mozuela.

-¡Qué queréis capitán! -dijo uno de los guardias-. La pájara ha levantado el vuelo pero nos queda el murciélago.

V

PROSIGUEN LOS INCONVENIENTES

Gringoire, aturdido por la caída, se había quedado en el suelo ante la hornacina de la Virgen que había en la calle y, poco a poco, iba recobrándose. Primero estuvo algunos minutos flotando, como medio perdido en una especie de semi-inconsciencia, bastante atractiva, en donde la vaga representación de la gitana y de su cabra se confundían con el peso del puño de Quasimodo. Sin embargo, esta situación no se prolongó demasiado, pues sintió muy pronto una viva impresión de frío en la parte de su cuerpo que se encontraba en contacto con el empedrado y que acabó por espabilarle y sacar su espíritu a la superficie.

-¿De dónde me viene esta frialdad? -se preguntó bruscamente, y fue entonces cuando comprobó que se hallaba sobre una

corriente de agua que fluía por la calle, procedente de las casas. -Demonio de cíclope jorobado -masculló entre dientes intentando levantarse, sin conseguirlo, pues se encontraba aún un tanto aturdido y demasiado magullado. Así que hubo de quedarse en el suelo, resignado, sonándose con la mano que le quedaba libre.

-¡Entre el fango de París! -pensaba, seguro ya de que aquello iba a ser su lecho «¿y qué hacer en un lecho sino meditar?»¹. El fango de París apesta pues debe contener cantidad de sales volátiles y vitrosas; eso es, al menos, lo que piensan maese Nicolás Flamel y los herméticos².

Esta palabra le trajo súbitamente al espíritu la idea del archidiácono Claude Frollo y recordó la escena violenta que había entrevisto cuando la zíngara se debatía entre dos hombres. Había otro más con Quasimodo y la figura altiva del archidiácono se dibujó confusamente en su recuerdo.

-¡Sería muy extraño!- y comenzó a reconstruir sobre esa base y con esos datos un fantástico edificio de hipótesis, un castillo de cartas filosófico, para volver en seguida a la realidad, al sentirse de nuevo en contacto con el agua de la calle.

Aquel sitio se hacía cada vez más insoportable, pues cada molécula del agua que corría por la calle robaba otra molécula de calor a los riñones de Gringoire y el equilibrio entre la temperatura del cuerpo y la del arroyuelo aquel empezaba a establecerse de una manera bastante ruda.

Otro inconveniente totalmente distinto surgió de improviso pues un grupo de muchachetes, un grupo de esos pequeños salvajes que desde siempre han correteado por las calles de París con el nombre de pilluelos y que, ya cuando nosotros mismos éramos niños, nos tiraban piedras al salir de la escuela, porque no íbamos sucios ni desharrapados como ellos; una panda de estos rapaces se dirigía, entre risas y gritos, hacia la plaza en donde estaba Gringoire, sin importarles nada el sueño de los vecinos. Llevaban a rastras una especie de saco y, sólo con el ruido de sus zuecos, se habría despertado hasta un muerto.

Gringoire, que aún no lo estaba del todo, se incorporó a medias.

-¡Eh! ¡Annequin Dandéche! ¡Eh! ¿Jean Pincebourde! -chillaban a voz en grito-; el viejo Eustaquio Moubon, el viejo ferretero de la esquina, acaba de morir y hemos cogido su jergón y vamos a hacer una hoguera con él; hoy es el día de los flamencos. Y fueron a tirar el jergón justo encima de Gringoire, hasta donde habían llegado sin haberle visto. Uno de ellos le sacó un puñado de paja y fue a encenderlo en la lamparilla de la Virgen.

-¡Dios me valga! -susurró Gringoire-. ¡Pues no voy a pasar calor ni nada!

La situación era crítica ya que se encontraba entre el fuego y el agua; realizó un esfuerzo casi sobrenatural, como el de un falsificador que intenta escapar cuando quieren quemarle. Logró ponerse de pie y lanzando el jergón contra los pilluelos aquellos, se escapó.

¹ Es, modificado, un verso de una fábula de La Fontaine.

² Nicolás Flamel (1310-1418). Escribano de la universidad de quien decía que sus grandes riquezas eran debidas a sus conocimientos de alquimia y de brujería.

-¡Santa María! -gritaron asustados-; es el fantasma del ferretero que ha vuelto -y también ellos echaron a correr.

El jergón se adueñó del campo de batalla. Belforét, el tío Le Juge y Corrozet aseguran que al día siguiente fue recogido con gran pompa por el cura del barrio y guardado como parte del tesoro de la iglesia de Saint Opportune, con lo que el sacristán consiguió unas buenas propinas hasta 1789 a costa del gran milagro de la estatua de la Virgen de la esquina, en la calle Mauconseil que, aquella memorable noche del 6 al 7 de enero había con su sola presencia exorcizado al difunto Eustaquio Moubon quien, para hacer una travesura al diablo en el momento de la muerte, había ocultado astutamente su alma en el jergón.

VI

LA JARRA ROTA

Después de haber escapado a todo correr, sin saber hacia dónde, y darse más de un coscorrón contra alguna esquina; después de saltar unos cuantos arroyuelos y atravesar bastantes callejones y plazas en busca de una salida por entre el entramado del viejo mercado y después de explorar en su miedo lo que el bello latín llama *tota via, chesinum et viaria*, nuestro poeta se detuvo de pronto, primeramente por el cansancio y luego por el dilema que acababa de venirle al espíritu:

-Me parece, maese Pierre Gringoire -se dijo apoyando el dedo en la frente- que estáis corriendo como un chalado. Aquellos pilluelos han debido asustarse al veros tanto como vos lo habéis hecho al verlos. Tengo la impresión, os digo, de que habéis oído el ruido de sus zuecos alejándose hacia el sur, mientras vos lo hacéis hacia el norte. Así que una de dos: o han huido y entonces el jergón que olvidaron con el miedo va a ser esa cama confortable que estáis buscando desde esta mañana y que la Virgen os envía milagrosamente en recompensa de esa «moralidad» que habéis intentado representar, o bien los rapaces esos no han huido, y entonces han debido pegarle fuego al jergón, en cuyo caso podéis aprovecharlo para alegraros, secaros y calentaros. Sea como sea, fuego o cama, ese jergón es un regalo del cielo y se me ocurre que, a lo mejor, la santísima Virgen de la esquina de la calle de Mauconseil se ha llevado a Eustaquio Maubon sólo para eso y en ese caso sería una locura que huyerais así, a toda prisa, cual un picardo ante un francés, dejándoos atrás lo que andáis buscando con tantas ganas. ¡Sería de tontos!

Así que echó marcha atrás y por todos los medios, olfateando como un perro y escuchando con todo interés, intentó dar con el bendito jergón, pero todo fue en vano. Todo eran cruces de calles, callejones sin salida, bifurcaciones en las que nunca llegaba a orientarse con seguridad... En fin, se encontraba más perdido en aquella maraña de callejuelas de lo que se habría encontrado en el laberinto del hotel de las Tournelles; así que, agotada ya su paciencia, exclamó solemnemente:

-¡Malditas encrucijadas! Seguro que las ha hecho el diablo a imitación de su propio tridente.

Más tranquilo ya después de esta exclamación, tras observar un resplandor rojizo al fondo de una larguísima y estrecha callejuela, sintió que su moral se acrecentaba.

-¡Alabado sea Dios! ¡Si es allá, al fondo! ¡Si es mi jergón el que está ardiendo! -y, cual navegante que zozobra en medio de la noche, añadió piadosamente-: ¡Salve, salve, maris stella!

No podríamos decir, en verdad, a quién iba dirigida aquella letanía, si a la Virgen o al jergón.

No habría aún dado dos pasos por aquella larga calleja, sin pavimentar llena de barro y en pendiente, cuando observó algo que le pareció muy singular y es que no estaba desierta. Acá y allá, a lo largo de la misma, grupos de masas vagas e imprecisas se dirigían hacia el resplandor vacilante del fondo de la callejuela, como esos torpes insectos, que se arrastran por la noche entre las hierbas, hacia la hoguera de un pastor.

Nada le hace a uno tan aventurero como el no tener un cuarto. Gringoire, pues, siguió avanzando hacia el resplandor y pronto alcanzó a una de aquellas larvas que se arrastraban perezosamente siguiendo a las demás. Al llegar vio que no era otra cosa que un miserable lisiado, sin piernas, que se servía de sus manos para andar, dando una especie de saltos, como una araña herida a la que sólo le quedan dos patas.

Precisamente cuando pasaba al lado de aquella araña con rostro humano, alzó hacia él una voz plañidera.

-¡La buona mancia, signor! ¡La buona mancia!³

-Vete al diablo -dijo Gringoire-, y que me lleve a mí también si entiendo lo que dices. Y siguió adelante.

Alcanzó a otra de aquellas masas ambulantes y la examinó con atención. Se trataba esta vez de un tullido, cojo y manco al mismo tiempo. Lo era de tal modo, que el complicadísimo sistema de muletas y de piernas de madera que le sostenía, le daba el aspecto de un andamiaje de albañilería en marcha. Gringoire, que gustaba de hacer comparaciones nobles y clásicas, le comparó a unas trébedes vivas de la fragua de Vulcano. Igual que el anterior, le saludó a su paso poniéndole el sombrero a la altura del mentón, como una bacía de barbero, gritándole:

-Señor caballero; para comprar un troso de pan.⁴

-Parece que también éste habla, pero lo hace en una lengua tan rara que, si él mismo la entiende, es más feliz que yo.

Luego, golpeándose la frente por una repentina asociación de ideas, dijo:

-¡A propósito! ¿Qué diablos querían decir esta mañana con aquello de su *Esmeralda*⁵.

Quiso acelerar el paso pero por tercera vez algo le cortó el camino. Ese algo, o mejor, ese alguien era un ciego; un ciego bajito y barbudo, con cara de judío que, maniobrando en torno a él con el bastón y guiado por un enorme perro, le lanzó con un acento húngaro:

-Facitote caritatem.

-¡Menos mal -dijo Pierre Gringoire-; por fin doy con alguien que me habla en cristiano. Debo tener cara de limosnero para que todos me pidan limosna, teniendo en cuenta el estado de debilidad en que se encuentra mi bolsa.

³ Caridad, señor, caridad. (En italiano.)

⁴ En español, en el original.

⁵ En español, en el original.

-Mi querido amigo -dijo volviéndose hacia el ciego-, hace ya una semana que vendí mi última camisa, y para decírtelo mejor, en la lengua de Cicerón que tan bien entiendes: *Vendidi hebdomade nuper trantita meam ultimam chemiram*.

Dicho lo cual, dio la espalda y siguió andando; pero el ciego aceleró el paso a su ritmo y hete aquí que el lisiado y el tullido aparecen también a buen ritmo, y con gran estrépito de escudillas y de muletas contra el empedrado; y así los tres, empujándose tras el pobre Gringoire, se pusieron a entonar su cantinela.

-*jCaritatem!* -decía el ciego.

-*jLa buona mancia!* -decía el tullido; y el cojo empalmaba esa musiquilla con su:

-¡Un pedaso de pan!

-Esto es la torre de Babel -decía Gringoire, tapándose las orejas y echando a correr. Pero también el ciego y el tullido y el cojo corrían tras él y, a medida que iba internándose en la calle, empezaron a pulular a su alrededor más cojos y más tullidos y más ciegos y mancos y tuertos y leprosos, enseñando sus llagas. Unos salían de los portales, otros de las callejas aledañas, otros más de algún tragaluz o de algún sótano, mugiendo todos o rugiendo y chillando, cojeando, renqueando o arrastrándose hacia la luz y revolcándose entre el fango, cual babosas después de llover.

Gringoire, a quien aún seguían sus tres perseguidores, no sabiendo en qué podía parar todo aquello, corría, asustado, empujando y tirando a cojos y ciegos, saltando por encima de más lisiados o pisando a quien se ponía delante, como aquel capitán inglés que fue a encallar en un banco de cangrejos.

Pensó en volver sobre sus pasos, pero era ya demasiado tarde, pues toda aquella legión tapaba casi por completo la calle, y los tres mendigos seguían acosándole. Así que continuó hacia adelante, empujado al mismo tiempo por aquella oleada irresistible, por el miedo y por una especie de vértigo que le hacía ver aquello como una horrible pesadilla.

Por fin alcanzó el extremo de la calle, que desembocaba en una gran plaza en donde mil luces dispersas titilaban, envueltas en la niebla de la noche. Gingoire entró en ella corriendo con la idea de zafarse, por rapidez, de los tres espectros lisiados que casi se habían otra vez agarrado a él.

-¿Onde vas, hombre?⁶ -le gritó el cojo soltando las dos muletas y acercándose a él con las dos piernas más sanas que jamás hubieron corrido por las calles de París.

Mientras tanto el tullido, el que no tenía piernas, se puso de pie ante la sorpresa de Gringoire; le plantó en la cabeza su pesado cuenco y el ciego le miraba frente a frente con ojos centelleantes.

-¿En dónde me hallo? -preguntó el poeta aterrorizado.

-En la Corte de los Milagros⁷ -respondió un cuarto fantasma que se les había juntado.

-Por mi alma que así debe ser pues compruebo que los cojos corren y que los ciegos ven, pero, ¿en dónde está el Salvador?

Como respuesta obtuvo una carcajada siniestra. El desdichado se encontraba de

⁶ En español, en el original.

⁷ La Corte de los Milagros se encontraba en el barrio des Halles, entre la calle Réaumur y la plaza du Caire actuales (en el antiguo París había una docena de Cortes de los Milagros). En el siglo xvii, bajo Luis XIV, se llegó a liquidar casi por completo.

verdad en la temible Corte de los Milagros, en donde ningún hombre prudente se habría decidido a entrar a tales horas. Círculo mágico en el que los soldados del Châtelet⁸ o los guardias del prebostazgo, que se aventuraban por allí, desaparecían hechos pedazos. Ciudad de ladrones, horrible verruga, surgida en la cara de París, cloaca de donde salía cada mañana para volver a esconderse por la noche ese torrente de vicios de mendicidad y de miseria, que siempre existe en las calles de las grandes urbes; colmena monstruosa a la que volvían por la noche, con su botín, todos los zánganos del orden social; falso hospital en donde el bohemio, el fraile renegado, el estudiante perdido, los indeseables de todas las nacionalidades: españoles, italianos, alemanes... de todas las religiones: judíos, cristianos, mahometanos, idólatras, cubiertos de llagas simuladas, mendigos de día que son bandidos por las noches; inmenso vestuario en donde se vestían y se cambiaban todos los adores de la eterna comedia que el robo, la prostitución y el asesinato representaban sobre el adoquinado de París.

Se trataba de una gran plaza irregular y mal pavimentada, como lo eran entonces todas las plazas de París. Algunas fogatas encendidas aquí y allá, en torno a las cuales hormigueaban grupos extraños. Todo era movimiento y gritos. Se oían risas estentóreas, llantos de niños, voces de mujeres. Las manos, las cabezas de todas aquellas gentes, recortadas en negro sobre el fondo luminoso de las fogatas, se perfilaban en mil gestos extraños. A veces, en el suelo, en donde tremolaban las llamas, mezcladas con grandes sombras indefinidas, se podía ver pasar un perro que parecía un hombre o a un hombre que parecía un perro. Los límites de las razas y de las especies parecían borrarse en aquella ciudad, como en un pandemonium pues hombres, mujeres, animales, sexo, edad, salud y enfermedad, todo parecía patrimonio común en aquel pueblo; todo se hallaba junto, mezclado, confundido, superpuesto y todos, en fin, participaban de todo.

El resplandor vacilante y débil de aquellas fogatas permitía a Gringoire distinguir, en medio de su turbación, en torno a toda la inmensa plaza, un horrible cuadro de casas viejas cuyas fachadas, carcomidas, deformadas, mugrientas, tenían un par de luceras encendidas en cada una.

Todo ello le parecía, en medio de las sombras, como enormes cabezas de viejas colocadas en círculo, ceñudas y monstruosas, contemplando un aquelarre.

Era para él como un mundo nuevo, desconocido, inaudito, deforme, reptil, increíble y fantástico. Se sentía cada vez más aterrado, sujeto por los tres mendigos, como si fueran tenazas, en medio de un gentío ensordecedor, con caras que se encrespaban y ladraban.

El infortunado Gringoire intentaba recobrar su presencia de ánimo para saber si era sábado, pero sus esfuerzos eran vanos, pues el hilo de su pensamiento y de su memoria se había roto. Dudaba ya de todo; fluctuaba entre lo que veía y lo que sentía y se hacía siempre la misma pregunta.

-Si yo soy, ¿esto es también?, y si esto es, ¿yo soy también?

⁸ Había dos fortalezas en París, el gran Châtelet y el pequeño Châtelet. El primero fue demolido en 1802 y estaba emplazado en la orilla derecha del Sena, frente al Pont-au-Change. Era la sede de la jurisdicción de lo criminal del prebostazgo de París. El pequeño Chitelet estaba situado en la orilla izquierda y servía de prisión. Se demolió en 1782.

En aquel momento surgió un grito muy claro de entre el bullicio increíble que le rodeaba.

-¡Llévemole ante el rey! ¡Llévemole ante el rey!

-¡Virgen santa! -murmuró Gringoire-. El rey aquí será un chivo⁹.

-¡Al rey! ¡Al rey! -repitieron todas las voces.

Le llevaron a rastras, disputándose entre ellos por arrastrarle con sus garras, pero ninguno de los tres mendigos soltó su presa y se la arrancaron a los demás rugiendo:

-¡Es nuestro!

El jubón casi destrozado del poeta rindió en aquella lucha su último suspiro.

Al atravesar la horrible plaza su vértigo desapareció y unos pocos pasos más allá recobró el sentido de la realidad. Comenzaba a familiarizarse con el ambiente de aquel lugar. En el primer momento, de su cabeza de poeta, o más sencillamente o más prosaicamente, de su estómago vacío se había elevado una especie de vapor que, al expandirse entre él y las cosas, no le había permitido más que entreverlas, envueltas en la bruma incoherente de su pesadilla, en esas tinieblas de los sueños que deforman todos los contornos, que hacen gesticular a todas las formas, que hacen que los objetos se amontonen a grupos desmesurados, transformando las cosas en quimeras y a los hombres en fantasmas. Poco a poco, a esta alucinación le fue siguiendo una visión menos turbada y menos deformante, y lo real iba abriéndose paso a su alrededor; le golpeaba los ojos, chocaba contra sus pies e iba desmontando pieza a pieza toda aquella espantosa creación de la que en principio se creyó rodeado.

Había que darse cuenta de que no iba caminando por la laguna Estigia sino por el fango; de que no eran demonios quienes le llevaban cogido sino ladrones y que no se jugaba el alma sino la vida (puesto que carecía de ese precioso conciliador que actúa tan eficazmente entre el bandido y el hombre honrado y que se llama bolsa) y finalmente cuando observó más de cerca y con más sangre fría la juerga aquella de la plaza se dio cuenta de que no era un aquelarre sino una reunión de taberna.

Porque, en efecto, la corte de los milagros no era sino una taberna de truhanes enrojecida tanto por el vino como por la sangre.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos cuando su harapienta escolta le dejó, al fin, no era el más propicio para pensamientos poéticos, aunque se tratara de una poesía infernal; antes al contrario era aquella situación la realidad más prosaica y vulgar de la taberna. Si no estuviésemos en el siglo xv habría que decir que Gringoire había descendido de Miguel Ángel a Callot¹⁰.

En torno a la gran hoguera que ardía en una enorme losa redonda y que envolvía con sus llamas las patas al rojo de unas trébedes, vacías por el momento, se habían colocado aquí y allá algunas mesas carcomidas; las habían puesto al azar, sin orden ninguno, sin que ningún lacayo, versado en geometría, se hubiera dignado ajustar un poco su paralelismo o al menos preocupado de que no se cortasen en ángulos tan poco usuales. Encima de aquellas mesas relucían algunas jarras rebosando vino y cerveza y a su alrededor se agrupaban muchos rostros báquicos, rojos de fuego y de

⁹ Forma que, se decía, tomaba el diablo, principalmente en los aquelarres. Víctor Hugo dice en una nota para los documentos de Nuestra Señora de París que «el diablo para reunir el aquelarre, hace aparecer, entre nubes, a un chivo que sólo es visto por los brujos».

¹⁰ Gran pintor y grabador francés de gran influencia (1592-1653).

vino. Había un hombre de voluminoso vientre y de cara jovial que besaba ruidosamente a una mujerzuela ya bien entrada en carnes. Había también un falso soldado, un marrullero como se decía entre ellos, que deshacía, silbando, los vendajes de su falsa herida y que desentumecía su rodilla, sana y fuerte, cubierta desde la mañana con mil ligaduras. Otro encanijado hacía lo contrario: preparaba con celidonia y sangre de buey su pierna de Dios¹¹ para el día siguiente. Dos mesas más allá un conchero, con su hábito de peregrino, recitaba las quejas de la Santa Reina sin olvidar la salmodia y su tono nasal. Más allá un hubertino recibía lecciones de epilepsia de un viejo espumoso que le enseñaba el arte de echar espumarajos masticando un pedazo de jabón. A su lado, un hidrópico se deshinchaba, lo que obligaba a taparse la nariz a cuatro o cinco ladronas que se disputaban en la misma mesa un niño robado aquella misma noche. Circunstancias todas que dos siglos más tarde «parecieron tan ridículas a la corte» como dice Sauval «que sirvieron de entretenimiento al rey y como tema al real ballet de 'La Noche', dividido en cuatro partes y bailado en el teatro del Petit-Bourbon. Jamás -añade un testigo ocular de 1653- las súbitas metamorfosis de la corte de los milagros han sido tan acertadamente representadas. Benserade nos había preparado para ellas con unos versos muy galantes.»

Las risotadas y las canciones obscenas se oían por doquier y cada cual se ocupaba de sí mismo criticando y maldiciendo sin escuchar a los demás. Se brindaba continuamente con las jarras de vino y las pendencias surgían ya en ese mismo instante, arreglándose mediante peleas con las jarras melladas.

Un enorme perro tumbado junto a la hoguera miraba impassible y había también algunos críos que participaban en aquella orgía. El niño que habían robado lloraba sin parar; otro niño, de unos cuatro años, bien gordito y sentado en un banco con las piernas colgando, no decía una palabra, un tercero extendía por la mesa, con un dedo, la cera líquida que iba fluyendo de una vela y el último, un niño, en cuclillas entre el fango, estaba casi metido en un caldero que rascaba con una teja y del que sacaba unos sonidos que harían desmayarse a Stradivarius.

Había también un tonel junto al fuego con un mendigo sentado encima. Era el rey en su trono.

Los tres que sujetaban a Gringoire le llevaron ante el tonel y toda aquella bacanal se quedó en silencio, excepto el niño aquel que seguía dándole al caldero.

Gringoire con la vista baja no se atrevía ni a respirar.

-Hombre, quítate el sombrero¹² (25) -le dijo uno de los tres tipos que le sujetaban y, antes de que hubiera comprendido lo que quería decir, el otro se lo había quitado ya. Era un triste gorro, la verdad, pero valía aún para el sol o en caso de lluvia. Gringoire suspiró.

El rey entonces desde lo alto del tonel le dirigió la palabra:

-¿Quién es este bribón?

Gringoire se estremeció. Aquella voz, aunque acentuada por el tono de amenaza, le recordó otra voz que aquella misma mañana había dado el primer golpe a su

¹¹ Así llamaban a los miembros con heridas simuladas.

¹² En español en el original.

misterio, diciendo con voz gangosa en medio del auditorio: *Una caridad, por favor*. Entonces levantó la cabeza y vio que, en efecto, se trataba de Clopin Trouillefou.

Clopin Trouillefou, revestido de sus insignias reales, no llevaba ni un harapo de más ni de menos y la llaga de su brazo había desaparecido y llevaba en la mano uno de esos látigos hechos con correas de cuero de los que utilizaban entonces los alguaciles de vara para concentrar a la gente y que se llamaban *boulayes*. Llevaba en la cabeza una especie de gorro redondo y cerrado por arriba, aunque resultaba difícil saber si se trataba de una chichonera para niños o de una corona real, pues podía pasar muy bien por ambas cosas.

Sin embargo, Gringoire, sin saber por qué, había recobrado alguna esperanza al reconocer en el rey de la corte de los milagros al maldito pordiosero de la Gran Sala.

-Señor -musitó---. Monseñor..., Sire..., ¿cómo debería llamaros? -dijo al fin al haber llegado al punto culminante de su crescendo y no saber ya cómo subir ni cómo bajar.

-Monseñor, majestad o camarada, llámame como quieras, pero rápido. ¿Qué puedes alegar en tu defensa?

-¿En tu defensa? -pensó Gringoire-; esto no me gusta -y continuó entre tartamudeos-: Yo soy el que esta mañana...

-¡Por las uñas del diablo! Dime tu nombre y nada más, bribón. Escucha: estás ante tres poderosos soberanos: yo, Clopin Trouillefou, rey de Thunes, sucesor del gran Coësre, supremo soberano del reino del hampa; aquel viejo amarillo que ves allá con un trapo ceñido a la cabeza es Mathias Ungadi-Spicali, duque de Egipto y de Bohemia. Y ese gordinflón que no nos escucha y que está acariciando a esa ramera, es Guillermo Rousseau, emperador de Galilea. Has entrado en el reino del hampa sin ser de los nuestros; has violado los privilegios de nuestra ciudad y en consecuencia debes ser castigado, a menos que seas capón, franc-mitou o escaldado, es decir, en el argot de la gente honrada: ladrón, mendigo o vagabundo. ¿Eres algo de eso? Justifícate; dinos tus cualidades.

-¿Cualidades? ¡Ay! -dijo Gringoire- no tengo ese honor; sólo soy autor...

-¡Basta! -cortó Trouillefou sin dejarle acabar-. Vas a ser colgado. ¡Es algo muy sencillo, honrados señores burgueses! Igual que tratáis a los nuestros en vuestro mundo así os tratamos nosotros en el nuestro. Las leyes que aplicáis a los truhanes, os las aplican a vosotros los truhanes. ¿Que son malas? La culpa es vuestra. Es bueno el ver de vez en cuando upa mueca de honrado burgués por encima del collar de cáñamo; eso lo hace todo más honorable; así que... ¡ánimo, amigo!; reparte alegremente tus harapos a esas señoritas. Te vamos a colgar para divertir a los truhanes y tú les vas a dar tu bolsa para que puedan beber. Si quieres hacer alguna mogiganga ahí encontrarás junto al gran mortero un buen reclinitorio de piedra que hemos robado en Saint-Pierre-aux-Boeufs. Te quedan cuatro minutos para encomendarle tu alma a Dios.

Desde luego, la arenga resultó formidable.

-¡Así se habla, a fe mía! Clopin Trouillefou predica como nuestro santo padre, el papa -exclamó el emperador de Galilea rompiendo la jarra para calzar la mesa.

-Señores emperadores y reyes -dijo Gringoire con sangre fría (no sé cómo había recobrado la firmeza y hablaba con gran decisión)-; no sabéis lo que estáis diciendo. Yo me llamo Pierre Gringoire y soy el poeta que ha escrito la moralidad, esa obra que se ha representado esta mañana en la gran sala del palacio.

-¡Ah! ¿Eres tú? -dijo Clopin-. Yo estaba allí. ¡Por todos los santos! ¿Y qué pasa, camarada? ¿El que esta mañana nos hayas aburrido es una razón para que no lo colguemos esta noche?

Me va a costar salir con bien de ésta -pensó Gringoire-, pero hizo aún un último intento:- No veo por qué no vais a colocar a los poetas entre los truhanes cuando Esopo fue un vagabundo, Homero fue un mendigo, Mercurio era un ladrón...

Clopin le interrumpió.

-Creo que quieres alelarnos con esos conjuros: ¡Venga ya; menos cuento y déjate ahorcar!

-Perdóneme el rey de Thunes -replicó Gringoire, disputando el terreno palmo a palmo-; creo que merece la pena... ¡Un momento!... escuchadme... No querréis condenarme sin haberme escuchado.

Su temblorosa voz quedaba ahogada por el bullicio que había a su alrededor. El niño seguía rascando su caldero con más furor que nunca y para colmo una vieja acababa de poner encima de las trébedes una sartén llena de sebo que chisporroteaba al fuego con un ruido como el que haría una cuadrilla de niños persiguiendo a una máscara.

Pero Clopin Trouillefou pareció conferenciar un momento con el duque de Egipto y con el emperador de Galilea, que estaba completamente borracho y luego gritó malhumorado:

-¡Silencio! -y como ni el caldero ni la sartén podían oírle y seguían con su dúo, saltó del tonel abajo y largó una patada al caldero que rodó más de diez pasos con niño y todo y otro puntapié a la sartén, volcando todo el aceite en el fuego, y luego volvió gravemente a su trono sin preocuparse de los suspiros ahogados del niño ni de los gruñidos de la vieja cuya cena se había convertido en una bella y blanca llamarada.

Trouillefou hizo una señal y el duque, el emperador, los escoltas y los falsos leprosos vinieron a colocarse a su alrededor formando un semicírculo, en el que Gringoire, todavía fuertemente sujeto, ocupaba el centro. Era aquél un semicírculo de harapos, de andrajos, de relumbrón, de horquillas, de hachas, de piernas sucias de vino, de fuertes brazos desnudos, de caras sórdidas, sin lustre y embrutecidas. En medio de esta tabla redonda de la bellaquería, Clopin Trouillefou, como el dogo de aquel senado, como el rey de la pradera, como el papa de aquel cónclave, dominaba todo, primero desde la altura de su tonel y además por un algo de altanería y de ferocidad que brillaba en sus pupilas y que hacía corregir en su perfil salvaje el tipo bestial de la raza de los truhanes; habríase dicho una cabeza de jabalí entre hocicos de cerdos.

-¡Escuchadme! -dijo a Gringoire acariciándose el deforme mentón con su mano callosa-; no entiendo por qué razón no has de ser colgado; es cierto que tal cosa parece repugnarte y es sencillamente porque vosotros, los burgueses, no estáis acostumbrados. Le dais demasiada importancia al asunto; y además no te deseamos ningún mal. ¿Quieres el medio de librarte de esto por el momento? Hazte de los nuestros.

Podemos imaginar el efecto que semejante propuesta produjo en Gringoire cuando veía ya que la vida se le escapaba y comenzaba a perder toda esperanza. Se agarró, pues, a ella, con todas sus fuerzas.

-Ya lo creo que sí -dijo.

-¿Estás de acuerdo en enrolarte con los cortabolsas?

-Con los cortabolsas, exactamente -respondió Gringoire. -¿Te reconoces miembro de la francoburguesía?¹³ (26)

-De la francoburguesía.

-¿Sujeto del reino del hampa?

-Del reino del hampa.

-¿Truhán?

-Truhán.

-¿Con toda el alma?

-Con toda mi alma.

-Quiero que sepas -prosiguió el rey- que no por eso vas a dejar de ser colgado.

-¡Diablos! -dijo el poeta.

-Lo que ocurre es que serás colgado más adelante, con más ceremonia, con cargo a la buena villa de París, en una bonita horca de piedra y por los honrados burgueses. Es un consuelo.

-Como vos digáis -respondió Gringoire.

-Hay más ventajas pues, en calidad de francoburgués, no tendrás que pagar ni el impuesto de lodos, ni el de pobres, ni el de farolas a los que están sujetos los burgueses de París.

-Que así sea -añadió el poeta-; consiento en ello. Soy truhán, hampón, francoburgués, cortabolsas y todo lo que queráis, aunque yo era todo eso antes, señor rey de Thunes, pues soy filósofo: *et omnia in philosophia, omnes in philosopho continentur*¹⁴(27), como vos sabéis muy bien.

El rey de Thunes frunció las cejas.

-¿Por quién me tomas, amigo? ¿Qué argot de judío de Hungría nos cantas? No conozco el hebrero, pero no hay que ser judío para ser ladrón y yo incluso ya ni robo; estoy por encima de esas cosas; yo mato. Cortacuellos sí, no cortabolsas.

Gringoire trató de deslizarse alguna excusa en medio de aquellas palabras que la cólera hacía más cortantes:

-Os pido perdón monseñor, pero no es hebrero es latín.

-Te repito que no soy judío -gritó encolerizado Clopin-, y ¡te juro que lo haré colgar, vientre de sinagoga! Igual que a ese pequeño mendigo de Judea que 'está junto a ti y que un día espero clavar en un mostrador como una moneda falsa que es.

Al decir esto se refería, señalándole con el dedo, al pequeño y barbudo judío húngaro que se había acercado a Gringoire soltándole lo de *Facitote caritatem*, y que como no conocía otra lengua, miraba con sorpresa cómo el mal humor del rey se desbordaba sobre él.

Por fin monseñor Clopin se calmó.

-Bribón -le dijo- ¿Quieres entonces ser truhán?

-Sin duda -respondió Gringoire.

-No todo consiste en querer -dijo el verdugo Clopin-; la buena voluntad no añade ninguna cebolla a la sopa y no sirve más que para ir al paraíso y el paraíso nada tiene

¹³ Habitante de la ciudad que no paga impuestos.

¹⁴ Y todas esas cosas están contenidas en la filosofía y todos los hombres en el filósofo.

que ver con el hampa. Debes probarnos que sirves para algo si de verdad deseas ser admitido en el hampa y para empezar tienes que registrar y robar al maniquí.

-Haré todo lo que os plazca -aseguró Gringoire.

Clopin hizo una señal y algunos de los truhanes se marcharon del círculo para volver momentos más tarde con dos postes terminados en la parte inferior por dos espátulas con armazón que les permitía fácilmente sostenerse en el suelo. Sobre la parte superior de ambos postes atravesaron una viga con lo que se formó un bonito patíbulo portátil, erigido ante Gringoire en un abrir y cerrar de ojos. Nada le faltaba pues hasta tenía una cuerda balanceándose graciosamente en la viga.

-¿Qué se propondrán? -se preguntaba Gringoire no sin cierta inquietud, cuando un ruido de campanillas que empezó a sonar en aquel momento puso fin a su ansiedad. Se trataba de un maniquí que los truhanes habían colgado por el cuello de una cuerda; una especie de espantapájaros vestido de rojo con tal cantidad de campanillas y de cascabeles que se habría podido enjaezar con ellos a más de treinta mulas castellanas.

Aquellas mil campanillas tintinearón un rato, al mover la cuerda, después fueron apagándose poco a poco hasta que dejaron de oírse cuando el maniquí hubo recobrado la inmovilidad total, siguiendo la ley del péndulo, que ha destronado a la clepsidra y al reloj de arena.

Entonces Clopin, indicando a Gringoire un viejo taburete tambaleante, colocado bajo el maniquí, le dijo:

-Súbete encima.

-¡Por todos los diablos! -le objetó Gringoire- Me voy a romper la cabeza, pues vuestro escabel cojea como un dístico de Marcial; tiene una pata de hexámetro y otra de pentámetro.

-Sube -repitió Clopin.

Gringoire subió por fin al escabel y después de unos cuantos equilibrios de la cabeza y de los brazos, consiguió encontrar el cen. tro de gravedad.

-Ahora -prosiguió el rey de Thunes-, enrosca el pie derecho alrededor de tu pierna izquierda y ponte de puntillas sobre el pie izquierdo.

-Monseñor -dijo Gringoire-, ¿os proponéis de verdad que me rompa algo?

Clopin movió la cabeza.

-Escúchame, amigo, y no hables tanto. Voy a explicarte en dos palabras en qué consiste el juego. Vas a ponerte de puntillas como te he dicho y así podrás llegar al bolsillo del muñeco; le registrarás y cogerás una bolsa que hay en él. Si lo haces todo sin que llegue a oírse el ruido de ningún cascabel, será perfecto y podrás ser un truhán como nosotros y así sólo nos quedará ya molerte a palos durante ocho días.

-¡Que el diablo me lleve! ¡Ni hablar! -dijo Gringoire. ¿Y si, hago sonar las campanillas?

-Entonces lo colgaremos. ¿Está claro?

-No entiendo nada -respondió Gringoire.

-Escúchame otra vez. Tienes que registrar al muñeco y quitarle la bolsa pero si, en esta operación, se oye una sola campanilla, serás ahorcado. ¿Lo entiendes ahora?

-Bueno; hasta ahora está claro, ¿y después?

-Si consigues quitarle la bolsa sin que se oiga ninguna campanilla, entonces ya eres un truhán y serás molido a palos durante ocho días seguidos. ¿Lo entiendes ya todo, sin ninguna duda?

-No, monseñor, no lo entiendo. Vamos a ver: en el peor de los casos, colgado; y en el mejor, apaleado; entonces, ¿qué ventajas tengo yo?

-¿Y convertirte en truhán no tiene importancia? ¿No significa nada para ti? Si te molemos a palos es por tu bien, para endurecerte el cuerpo.

-Un gran placer; muchas gracias -replicó el poeta.

-Venga ya; aceleremos -dijo el rey dando una patada al tonel, que resonó como un tambor-. Registra al muñeco y acabemos, pero que quede claro una vez más: si se oye un solo cascabel pasas a ocupar el sitio del maniquí.

La banda de hampones aplaudió fuertemente aquellas palabras de Clopin y se fueron colocando todos alrededor de la horca con unas risotadas tan despiadadas que Gringoire comprendió que les divertía demasiado, para no temer lo peor. No le quedaba, pues, la más mínima esperanza salvo la remotísima posibilidad de salir con bien de aquella terrible prueba, así que decidió comer el riesgo no sin antes dirigir una ferviente súplica al muñeco al que iba a desvalijar, convencido de que sería más fácil de enternecer que los truhanes.

Aquellos miles de cascabeles con sus lengüecitas de cobre se le antojaban fauces abiertas de áspides, prestas a morder y a silbar.

-¡Oh! -se decía bajito a sí mismo- ¿Será posible que mi vida dependa de la más pequeña vibración del más pequeño de estos cascabeles? ¡Oh! -añadía juntando sus manos-; Campanilla! ¡No tembléis, no vibréis, no cascabeléis!

Aún tuvo una última intentona con Trouillefou.

-¿Y si se levanta un poco de brisa? -le preguntó.

-Te colgaremos -respondió sin dudar.

Visto que no había aplazamiento ni tregua ni escapatoria posible, tomó valientemente una decisión. Enroscó el pie derecho en la pierna izquierda, se puso de puntillas sobre el pie izquierdo y estiró el brazo; pero, en el instante en que iba a tocar al maniquí, su cuerpo, apoyado sólo en un pie, se desequilibró al moverse el taburete, que sólo tenía tres, y entonces instintivamente se apoyó en el maniquí y fue a parar al suelo aturdido por los fatales tintineos de las mil campanillas del maniquí que, al tirar de él, cedió primero y, girando después sobre sí mismo, se balanceó majestuosamente entre los don postes.

-¡Maldición! -gritó al caer y se quedó como muerto -con la cara contra el suelo, pero seguía oyendo el terrible carillón y la risa diabólica de los truhanes y la voz de Trouillefou que decía:

-Levantadme a este tipejo y colgadle sin más historian.

Se levantó y vio que ya habían descolgado el muñeco para hacerle sitio.

Los truhanes le subieron al taburete y Clopin se le acercó; le puso la soga al cuello y dándole anon golpecitos en el hombro le dijo:

-Ahora ya no te escapas ni aunque tuvieses las tripas del papa.

La palabra *gracia* se quedó cortada en los labios de Gringoire. Paseó la mirada en torno a él pero no había ninguna esperanza; todos reían.

-Bellevigne de l'Etoile -dijo el rey de Thanos a un corpulento truhán que salió de las filas-: súbete a la viga.

Bellevigne de l'Etoile subió ágilmente a la viga transversal y un instante más tarde, Gringoire, aterrorizado, levantó la vista y le vio, en cuclillas, en la viga, por encima de su cabeza.

-Ahora -prosiguió Clopin Trouillefou-, cuando yo dé una palmada, tú, André le Rouge retirarás el taburete de un rodillazo; tú, François Chante-Prune lo colgarás de los pies del bribón y tú, Bellevigne, lo echarás sobre sus hombros; pero todos al mismo tiempo, ¿entendido?

Gringoire sintió un escalofrío.

-¿Ya estáis? -dijo Clopin a los tres truhanes, prestos a lanzarse sobre Gringoire como tres arañas sobre una mosca. El pobre condenado tuvo unos momentos de espera horribles mientras Clopin empujaba tranquilamente con el pie hasta el fuego unos trozos de sarmiento que se habían quedado fuera del alcance de las llamas-. ¿Ya estáis? -repitió, separando sus manos para dar una palmada. Un segundo más y todo acabado.

Pero se detuvo como iluminado por una idea repentina.

-¡Un momento! -dijo-; se me olvidaba..., no tenemos costumbre de colgar a un hombre sin preguntarle antes si hay alguna mujer que le quiera. Camarada, aún te queda un último recurso: o te casas con una truhana o la cuerda.

Esta ley gitana, por extraña que pueda parecer al lector, está aún vigente en la legislación inglesa. Ved si no Burington's Observations.

Gringoire respiró pues era, en la última media hora, la segunda vez que se salvaba; por eso no se confió demasiado.

-¡Eh! -gritó Chopin, puesto de pie en su barrica=, ¡eh!, ¡mujeres, hembras! ¿Hay entre vosotras, desde la bruja hasta la gata, una bribona que se quiera quedar con este bribón? ¡Tú, Colette, la Chamaronne! ¡Elisabeth Trouvain! ¡Tú, Simone Jodouyne! ¡Marie Piédebou! ¡Thonne la Longue! ¡Bérarde Fanouel! ¡Michelle Genaille! ¡Claude Rongoreille! ¡Mathurine Girorou! ¡Tú, Isabeau la Thierrye! ¡Venid todas a ver! ¡Un hombre por nada! ¿Quién lo quiere?

Gringoire, en el estado en que se encontraba, no debía estar muy apetitoso y las truhanas no se sintieron precisamente atraídas por aquella propuesta y el desventurado las oía decir:

-No, no, colgadle; así disfrutaremos todas.

Sin embargo, tres de ellas salieron de entre las filas y se acercaron a olfatearle. La primera era una muchacha gorda de cara cuadrada que examinó con mucha atención el deplorable jubón del filósofo. Su blusón estaba ya muy viejo y tenía más agujeros que un asador de castañas.

La moza puso mala cara al verlo:

-¡Vaya tela vieja! -y se dirigió a Gringoire- ¿dónde tienes la capa?

-Se me ha perdido -dijo Gringoire.

-¿Y el sombrero?

-Me lo han quitado...

-¿Y los zapatos?

-Empiezan a fallarles la suela.

-¿Y tu bolsa?

-Ay, ¿mi bolsa? -suspiró Gringoire- no me queda ni un denario parisino.

-Anda, que lo cuelguen y da las gracias -replicó la truhana dándole la espalda.

La segunda, vieja, negruzca, arrugada y repulsiva, con una fealdad que llamaba la atención en la corte de los milagros, dio una vuelta alrededor de Gringoire. A éste le entró miedo de que pudiera quedarse con él pero, por fortuna, dijo ella entre dientes:

-Está muy flaco- y se alejó.

La tercera era una joven lozana y nada fea.

-¡Sálvame! -le dijo por lo bajo el pobre diablo.

Ella le miró un instante un canto apiadada, luego bajó los ojos, se cogió la falda con la mano y se quedó indecisa. Él seguía con la vista todos sus movimientos, pues representaba su último fulgor de esperanza.

-No -dijo al fin la joven-; Guillaume Longuejoue me zurraría -y volvió al grupo.

-Camarada -le dijo Clopin-; no tienes suerte.

Se puso de pie encima del tonel y dijo, imitando el tono y las maneras de un subastador, con gran regocijo de los presentes: ¿nadie lo quiere? ¡A la una, a las dos, a las tres! -y volviéndose hacia la horca hizo un gesto con la cabeza: «Adjudicado».

Bellevigne de l'Etoile, Andry le Rouge y François Chance-Prune se acercaron a Gringoire.

En aquel momento se elevó un clamor entre los hampones: ¡La Esmeralda! ¡La Esmeralda!

Gringoire se echó a temblar y se volvió hacia el lado de donde procedía el clamor. La multitud se separó y dio paso a una pura y resplandeciente figura. Era la gitana.

-¡La Esmeralda! -dijo Gringoire, estupefacto, en medio de sus emociones, sintiendo cómo esa palabra mágica era capaz de aglutinar todos los recuerdos del día.

Hasta en la corte de los milagros parecía ejercer su imperio y encanto aquella extraña criatura. A su paso, hampones y hamponas se ponían calmadamente en fila y hasta sus rostros brutales se iluminaban bajo sus miradas.

Se aproximó al sentenciado con paso ligero seguida por su cabrita Djali. Gringoire estaba ya más muerto que vivo. La Esmeralda le examinó un momento en silencio.

-¿Vais a ahorcar a este hombre? -preguntó a Clopin con mucha seriedad.

-Sí, hermana -le respondió el rey de Thunes-; a menos que tú le tomes por marido.

-Lo tomo -respondió.

En este punto Gringoire creyó firmemente que había estado soñando desde la mañana y que ésta no era sino la continuación de su sueño. La situación, aunque bastante graciosa, no era por ello menos violenta.

Soltaron el nudo corredizo y bajaron del escabel al poeta, el cual no tuvo más remedio que sentarse; tan viva era su emoción.

El duque de Egipto, sin pronunciar una sola palabra, trajo un cántaro de arcilla; la gitana se lo ofreció a Gringoire pidiéndole que lo lanzara contra el suelo. Así lo hizo, y la jarra se rompió en cuatro trozos¹⁵.

-Hermano -dijo entonces el duque de Egipto, imponiendo las manos en su frente:- ella es tu mujer; hermana, él es tu marido durante cuatro años. ¡Marchaos!

¹⁵ Cuando una gitana se casaba, toda la ceremonia consistía en romper un jarro de arcilla ante el hombre del que quería ser compañera y así vivían juntos tantos años como los fragmentos en que se hubiera roto el jarro. Al cabo de ese tiempo los esposos quedaban libres de nuevo y podían separarse o romper otra vez una nueva jarra.

VII UNA NOCHE DE BODAS

Poco después nuestro poeta se encontraba en un pequeño aposento con bóveda de ojiva, cerrado y caliente, ante una mesa que parecía estar pidiendo alimentos a una alacena colgada al lado; con la perspectiva de una buena cama y frente a una bonita muchacha. La aventura le parecía, desde luego, obra de encantamiento y estaba empezando a considerarse un personaje de cuento de hadas, por lo que de vez en cuando miraba a su alrededor como buscando la carroza de fuego arrastrada por dos aladas quimeras; el único medio capaz de trasladarle en tan poco tiempo del averno al paraíso.

A veces miraba también con obstinación los agujeros de su jubón para asirse así a la realidad y poder seguir haciendo pie, pues ése era el único contacto con la sierra ya que su razón estaba lanzada hacia los cielos de la fantasía.

La muchacha no parecía prestarle mucha atención: se movía de aquí para allá, cambiando de sitio una silla, hablando con su cabra y haciendo de vez en cuando su graciosa mueca con la boca; por fin se sentó junto a la mesa y Gringoire pudo contemplarla a gusto.

Lectores: todos habéis sido niños alguna vez y quizás os consideraréis felices de serlo aún. Sin duda, habéis perseguido en más de una ocasión (por mi parte los mejores días los he empleado en ello) de matorral en matorral, a la orilla de un arroyo en un día de sol, a alguna linda libélula, verde o azul, zigzagueante y rozando casi con su vuelo todas las ramas.

Conservaréis también el recuerdo de vuestro pensamiento amoroso y de vuestra mirada atraída hacia ese remolino azul y púrpura de sus alas cuyo centro era una leve forma flotante, apenas visible por la rapidez de sus movimientos. Ese ser aéreo, confusamente percibido entre temblores vivísimos de alas, os parecía quimérico, imaginario, imposible de tocar, imposible casi de contemplar. Pero cuando por fin la libélula se posaba en un junco del arroyo y podíais entonces examinarla, conteniendo el aliento, sus largas alas de gasa, su alargado cuerpo de esmaltes, sus dos globos de cristal, ¡qué asombro no sentíais y qué temor de que nuevamente aquella forma quimérica desapareciera de nuevo entre sombras! Recordad aquellas impresiones y podréis llegar a comprender lo que sentía Gringoire al contemplar en forma visible y palpable a la *Esmeralda* que hasta aquel momento sólo había logrado entrever a través de remolinos de danza, de canciones y de bullicio.

-Aquí está la *Esmeralda*- se decía cada vez más sumido en sus ensoñaciones-. Ésta es -pensaba siguiéndola vagamente con la mirada-. ¡Una criatura celestial! ¡una bailarina callejera! ¡Tanto y tan poco! Ella ha sido quien le ha dado esta mañana el golpe de gracia a mi misterio y quien esta noche me salva la vida. ¡Mi ángel malo y mi ángel de la guarda! ¡Una hermosa mujer, desde luego!, y que debe amarme con locura para haberse quedado conmigo como lo ha hecho. A propósito -dijo levantándose de pronto con ese sentimiento de lo real que constituía el fondo de su carácter y de su filosofía-, todavía no sé muy bien cómo han pasado las cosas, pero soy tu marido.

Con esta idea en su cabeza y en sus ojos, Gringoire se acercó a la muchacha de una manera tan marcial y tan galante que la joven retrocedió.

-¿Qué queréis de mí? -le preguntó.

-¿Por qué me lo preguntáis, mi adorable Esmeralda? -le respondió Gringoire con un acento tan apasionado que hasta él mismo se sorprendía al oír su voz.

La gitana abrió más sus grandes ojos y dijo:

-No sé lo que queréis decir.

-¡Cómo! -repuso Gringoire enardeciéndose cada vez más y pensando que, después de todo, sólo tenía que habérselas con una virtud de la corte de los milagros-. ¿No soy tuyo, mi dulce amiga?, y tú no era mía acaso? -le dijo asiéndola con toda ingenuidad por la cintura. La blusa de la gitana se deslizó entre sus manos como una anguila. Dio luego un salto hasta el otro extremo de la estancia; se agachó para erguirse a continuación con una navaja en la mano con tal rapidez que Gringoire no tuvo tiempo de ver de dónde la había sacado. Se mostraba excitada y altiva, con los labios apretados y resoplando por la nariz; sus mejillas se habían encendido y su mirada centelleaba. Al mismo tiempo su cabrita blanca se había colocado ante ella y hacía frente a Gringoire con sus dos bonitos cuernos, dorados y puntiagudos. Todo había tenido lugar en un abrir y cerrar de ojos.

La libélula se había transformado en avispa y estaba dispuesta a picar.

Nuestro filósofo estaba perplejo mirando a la cabra como a la muchacha.

-¡Virgen Santa! -exclamó cuando la sorpresa le permitió hacerlo-. ¡Vaya par de flamencas!

-Debes ser un tipo muy osado.

-Perdón, señorita -añadió Gringoire con una sonrisa-. ¿Por qué me habéis tomado entonces por marido?

-¿Habrías querido que lo dejara colgar?

-Entonces -siguió el poeta, desalentado ya de sus esperanzas amorosas-, ¿sólo habéis pensado en salvarme de la horca al casaros conmigo?

-¿Y qué otro pensamiento podría, haber tenido?

Gringoire se mordió los labios diciéndose: Bueno, pues no soy tan triunfante como creía en las cosas de Cupido, pero entonces, ¿por qué haber roto aquel pobre jarro?

Todavía estaban prestos a la defensa la navaja de Esmeralda y los cuernos de la cabra.

-Señorita Esmeralda, capitulemos -dijo el poeta-, no soy escribano del Châtelet y no quiero complicaros por el hecho de llevar una daga en París, en contra de las ordenanzas y las prohibiciones del señor preboste, pero no debéis ignorar que Noël Lescripvain ha sido multado hace ocho días a pagar diez sueldos parisinos por haber llevado un chafarote; pero eso no me importa y lo que quiero deciros es que os juro por la parte del paraíso que me pueda corresponder que no me acercaré a vos sin vuestro permiso y aprobación pero, por favor, dadme algo para cenar.

En el fondo Gringoire, como monsieur Lespréaux, se mostraba muy poco voluptuoso y no era del estilo de esos caballeros y mosqueteros que toman a las jóvenes por asalto. En el amor como en todas las cosas prefería contemporizar y situarse en un término medio.

Pensaba además que una buena cena en amistosa intimidad y con hambre, como era su caso, podía resultar un entreacto excelente entre el prólogo y el desenlace para una aventura amorosa.

La Zíngara no respondió pero hizo su mohín desdeñoso, irguió el cuello como un pájaro y se echó a reír haciendo desaparecer el lindo puñal de la misma manera que

había aparecido, sin que Gringoire hubiera podido ver dónde guardaba la abeja su aguijón.

Unos instantes más tarde había ya en la mesa un pan de centeno, una loncha de tocino, algunas manzanas rugosas y una jarra de cerveza. Gringoire se puso a comer con tal ímpetu que ante el tintineo furioso que hacía su tenedor de hierro al rozar contra la loza se habría dicho que todo su amor se había trocado en apetito.

La muchacha, sentada ante él, le miraba hacer en silencio, visiblemente abstraída por otros pensamientos que le provocaban a veces una sonrisa; al mismo tiempo su mano acariciaba la cabeza de la cabra que se hallaba suavemente apresada entre sus rodillas.

Una vela de cera amarilla iluminaba aquella escena de voracidad y de ensueño pero, una vez apaciguados los primeros balidos de su estómago, le invadió una falsa vergüenza al ver que no quedaba más que una manzana.

-¿Vos no coméis, señorita Esmeralda?

Ella respondió moviendo negativamente la cabeza y su mirada perdida se detuvo en la bóveda de la estancia.

¿Qué le preocupará? -se preguntó Gringoire mirando al mismo punto en que ella fijaba su vista-. No puede ser el gesto de ese enano esculpido en el centro de la bóveda. ¡Qué diablo! Yo soy más importante.

-¡Eh, señorita! -dijo alzando la voz.

Pero ella no parecía oírle.

Insistió de nuevo, un poco más alto esta vez.

-¡Señorita Esmeralda!

Trabajo inútil. La mente de la joven se encontraba en otra parte y la voz de Gringoire carecía de fuerza para hacerla volver. Por suerte la cabra se puso a balar en aquel momento y a mordisquear cariñosamente la manga de su ama.

-¿Qué te ocurre, Djali? -dijo vivamente la zíngara sobresaltada.

-Tiene hambre -dijo Gringoire encantado de recomenzar la conversación.

Y la Esmeralda se puso a desmigajar pan que Djali comía graciosamente en el hueco de su mano.

Gringoire, no queriendo darle tiempo para volver a sus ensoñaciones, lanzó una pregunta delicada.

-¿Entonces no me queréis como marido?

-No -le respondió la joven mirándole a la cara.

-¿Y como amante?

La Esmeralda hizo su mohín con la boca y respondió:

-No.

-¿Y como amigo?

Entonces le miró fijamente y tras un momento de reflexión le dijo:

-Quizás.

Ese quizás tan caro a los filósofos enardeció a Gringoire.

-¿Conocéis lo que es la amistad? -le preguntó.

-Sí -respondió la gitana-. Sí; es como ser hermano y hermana; como dos almas que se tocan sin confundirse; como los dedos de una mano.

-¿Y el amor? -inquirió Gringoire.

-¡El amor! -dijo con una voz trémula y con ojos brillantes-. Es como ser dos en uno; como un hombre y una mujer confundidos en un ángel; es como el cielo.

Mientras hablaba así, la bailarina se mostraba tan hermosa y llamaba tan singularmente la atención de Gringoire que no pudo evitar una comparación entre su belleza y el exotismo oriental de sus palabras.

Sus labios sonrosados esbozaban una sonrisa; su frente cándida y serena se ensombrecía a veces por sus pensamientos, como un espejo se empaña con el aliento, y en sus largas pestañas negras flotaba una luz inefable que iluminaba su perfil con la misma delicadeza que Rafael iba a encontrar más tarde en esa intersección mística de virginidad, maternidad y divinidad.

Gringoire sin embargo no se detuvo ahí.

-¿Cómo hay que hacer entonces para agradaros?

-Hay que ser un hombre.

-¿Y entonces, qué es lo que yo soy?

-Un hombre lleva yelmo en la cabeza, espada en la mano y espuelas de oro en los talones.

-Bueno -dijo Gringoire. Así que sin caballo no hay hombre que valga. ¿Amáis a alguien?

-¿Con amor verdadero?

-Con amor verdadero.

Permaneció pensativa un momento y respondió con una expresión muy particular.

-Lo sabré muy pronto.

-¿Por qué no esta misma noche? -solicitó con ternura el poeta-: ¿Por qué no a mí?

Ella le miró entonces gravemente.

-Sólo podría amar a un hombre que pudiera protegerme.

Gringoire se ruborizó y encajó la respuesta como pudo.

Era evidente que la joven quería aludir a la escasa ayuda que él le había prestado en la circunstancia crítica de hacía apenas dos horas. Entonces, semioculto entre otras vivencias de la noche, le surgió aquel recuerdo y se golpeó la frente.

-A propósito, señorita, perdonad mi distracción, pues debería haber comenzado por ahí. ¿Cómo os las habéis arreglado para libraros de las garras de Quasimodo?

La pregunta hizo estremecerse a la gitana.

-¡Oh! ¡Aquel horrible jorobado! -dijo cubriéndose el rostro con las manos y al mismo tiempo se echó a temblar como aterida de frío.

-Horrible, en efecto.

Gringoire seguía sin embargo con su pregunta.

-Pero, ¿cómo conseguisteis libraros de él?

La Esmeralda sonrió, luego suspiró y se quedó en silencio.

-¿Sabéis por qué os seguía? -insistió Gringoire, intentando continuar en el tema y dando un rodeo.

-No lo sé -respondió la joven y añadió con viveza-: También vos me seguís. ¿Por qué?

-En realidad -respondióle Gringoire- ni yo mismo lo sé.

Se produjo un silencio. Gringoire rayaba la mesa con el cuchillo. La muchacha sonreía y parecía mirar algo a través de la pared y de pronto se puso a esbozar esta canción:

Cuando las pintadas aves

Mudas están, y la tierra...¹⁶

29.

La Esmeralda se interrumpió aquí bruscamente y comenzó a hacer caricias a Djali.

-Es muy bonita vuestra cabra -le dijo Gringoire.

-Es mi hermana -le respondió ella.

-¿Por qué os llaman la Esmeralda? -inquirió el poeta.

-No lo sé.

-Alguna razón habrá.

Entonces sacó de su pecho una especie de saquito oblongo que llevaba colgado al cuello mediante una cadena de cuentas de azabache que exhalaba un penetrante olor a alcanfor. Estaba recubierto de seda verde y llevaba en su centro un gran abalorio verde que imitaba a una esmeralda.

-Quizás sea a causa de esto -dijo.

Gringoire quiso tocar el saquito y la Esmeralda retrocedió. -No te toques; es un amuleto y podrías romper el hechizo o éste perjudicarte a ti.

La curiosidad despertaba cada vez un mayor interés en el poeta.

-¿Quién os lo ha dado?

Ella le puso un dedo en la boca y guardó otra vez el amuleto en su seno. Gringoire seguía acosándola con preguntas a las que ella apenas contestaba.

-¿Qué quiere decir esa palabra, la Esmeralda?

-No lo sé -repetía.

-¿A qué lengua pertenece?

-Creo que al egipcio.

-Estaba seguro -dijo Gringoire-: ¿No sois francesa?

-No lo sé.

-¿Conocéis a vuestros padres?

Entonces ella se puso a entonar una vieja melodía:

Mon père est l'oiseau,
ma mère est l'oiselle,
je passe l'eau sans nacelle,
je passe l'eau sans bateau.
Ma mère est l'oiselle,
Mon père est l'oiseau ¹⁷.

-Está bien -dijo Gringoire-, ¿qué edad teníais al llegar a Francia?

-Yo era muy pequeña.

-¿Vinisteis a París?

-No; a París viene el año pasado. Cuando entrábamos por la Puerta Papal vi volar por los aires la curruca de los cañaverales y me dije: el invierno va a ser duro.

¹⁶ En español en el original. Versos pertenecientes a un antiguo romance español que narra la entrada en Toledo del rey Rodrigo.

¹⁷ Mi padre es el pájaro / Pájara es mi madre / paso el agua sin barca/ paso el agua sin barco. / Pájara es mi madre / mi padre es el pájaro.

-Y lo ha sido -dijo Gringoire, encantado de conseguir hacerla hablar-. Lo he pasado soplándome los dedos. ¿Tenéis acaso el don de la profecía?

Ella volvió a su laconismo.

-No.

-Ese hombre al que llamáis el duque de Egipto, es el jefe de vuestra tribu.

-Sí.

-Pues ha sido él quien nos ha casado, le hizo observar el poeta.

Ella volvió a hacer su mohín de siempre y dijo:

-Si ni siquiera conozco tu nombre.

-¿Mi nombre? ¿Quieres saberlo?; escucha: me llamo Pierre Gringoire.

-Pues yo conozco uno más bonito -le dijo ella.

-¡No seáis mala! -contestó el poeta-; pero no me importa, pues no me enfadaré. Quizás cuando me conozcáis mejor lleguéis a amarme. Pero me habéis contado vuestra vida con tal confianza que me siento casi obligado a hacer lo mismo. Así que os diré que me llamo Pierre Gringoire y que soy hijo del arrendador de la casa del notario de Gonesse; que a mi padre lo colgaron los borgoñones y a mi madre le abrieron el vientre los picardos cuando el sitio de París hace ya más de veinte años. Así que yo era huérfano a los seis y aprendí a andar las calles de París, aunque no comprendo cómo pude sobrevivir hasta los dieciséis con las cuatro ciruelas que me daba una frutera o con las cortezas de pan que me daba algún panadero... Por las noches me las arreglaba para que me detuvieran los guardias y así podía dormir sobre un mal jergón aunque, como podéis comprobar, nada de esto me impidió crecer y adelgazar. En invierno me calentaba tomando el sol bajo los porches del hotel de Sens y siempre me pareció ridículo que las hogueras de San Juan se reservasen para la canícula. A los dieciséis años quise empezar a trabajar en serio y desde entonces lo he intentado todo: primero me hice soldado, pero no era lo bastante valiente; después me hice monje, pero sin ser lo bastante devoto y además no me gusta beber. Desesperado ya, entré como aprendiz de carpintero, pero carecía también de la fuerza suficiente. La verdad es que lo que más me gustaba era ser maestro y, aunque no sabía leer, nunca creí que eso fuera un gran inconveniente. Al cabo de cierto tiempo llegué a la conclusión de que no servía para nada y entonces, totalmente convencido de lo que quería, me hice poeta y rimador. Cuando uno es un vagabundo siempre se puede coger ese oficio y mejor es eso que robar, como me aconsejaban algunos de los bribones de mis amigos. Por suerte un buen día encontré a don Claude Frollo, el reverendo archidiácono de la iglesia de Nuestra Señora, que se interesó por mí y, gracias a él, hoy me puedo considerar un verdadero letrado, conocedor del latín, desde los oficios de Cicerón hasta el martirologio de los padres celestinos, y no soy negado ni para la escolástica ni para la poética ni para la rítmica y tampoco se me da mal la hermética. Por otra parte, soy también el autor del misterio que se ha representado hoy, con gran éxito y gran concurrencia de público, nada menos que en la Gran Sala del palacio. He escrito además un libro de más de seiscientas páginas sobre aquel prodigioso cometa de 1465, que volvió loco a un hombre y también he tenido otros éxitos. Veréis: como entiendo algo de caza, trabajé en aquella bombardera de Jean Maugue que, como sabéis, reventó en el puente de Charenton el día del ensayo matando a veinticuatro curiosos. Fijaos que no soy un mal partido y conozco muchas gracias y muy interesantes para enseñar a vuestra cabra cómo imitar al obispo de París, ese maldito fariseo cuyos molinos salpican a todo el que cruza por el puente de los molineros. Además mi misterio me

reportará buen dinero contante. Si me pagan. En fin, me pongo a vuestras órdenes con mi inteligencia, mis conocimientos y mi sabiduría. Dispuesto estoy, señorita, a vivir con vos castamente o alegremente, como más os plazca, o bien como marido y mujer, si así lo queréis, o como hermano y hermana, si os parece mejor.

Gringoire se calló en espera de los efectos producidos por su perorata, pero la Esmeralda seguía con la vista fija en el techo.

-Febo -dijo a media voz-, y luego volviéndose al poeta-: ¿Qué quiere decir Febo?

Sin comprender muy bien la relación que pudiera haber entre su alocución y semejante pregunta, no se sintió molesto de poder dar nuevas pruebas de su erudición y respondió pavoneándose:

-Es una palabra latina que quiere decir Sol.

-¿Sol? -dijo ella.

-Es también el nombre de un apuesto arquero que era un dios -añadió Gringoire.

-¡Dios! -repitió la zíngara, imprimiendo a su acento un algo de ensoñación y de apasionamiento.

En aquel momento uno de sus brazaletes cayó al suelo. Gringoire se agachó presto para recogerlo y cuando se incorporó, la gitana y su cabra habían desaparecido. Oyó el ruido de un cerrojo al cerrarse. Era una pequeña puerta que comunicaba sin duda con una estancia vecina y que se cerraba por fuera.

-¡Si al menos me hubiera dejado una cama! -dijo nuestro filósofo.

Dio una vuelta a la estancia y no encontró ningún mueble apropiado para dormir excepto un arcón de madera, bastante largo con la tapa repujada y que al tumbarse daba a Gringoire más o menos la misma sensación que debió experimentar Micromegas¹⁸ al tumbarse sobre los Alpes.

-Bueno -se dijo, acomodándose como mejor pudo-. Habrá que resignarse, pero la verdad que es una noche de bodas bien rara. ¡Qué lástima! Había en aquella boda del cántaro roto algo de ingenuo y de ancestral que me seducía.



¹⁸ Personaje de una obra de Voltaire.